

la vida fácil que entregarse voluntariamente a la dificultad y a la lucha.

Y vosotros creísteis desde el primer momento porque sabíais que José Antonio os hablaba con verdad.

Y fuísteis por los campos y por las aldeas, por las casas y por las tiendas, hablando de servicio y de sacrificio. Y entregabais a los hombres aquellas propagandas que eran las normas justas de un Imperio. Pero ellos no supieron entender aquellas cosas, que sólo para los escogidos estaban destinadas, porque sus corazones los tenían llenos de doblez.

Y os trataron como a mujeres necias.

Desde el primer momento fué difícil difundir las propagandas Nacional-Sindicalistas, porque desde el primer momento, y como si todos los Gobiernos que se iban sucediendo se hubiesen puesto de acuerdo, las prohibían terminantemente.

Así que además de la que con repartos públicos de hojillas hacían las Milicias de Falange, desobedeciendo las órdenes de la Dirección General de Seguridad, las mujeres de la Sección Femenina iban por los cines y por los cafés, por las tiendas y por las calles de las ciudades y pueblos de España dejando por todas partes la propaganda del Movimiento.

Porque también las mujeres fueron un buen medio para difundir las ideas Nacional-Sindicalistas, ya que todavía no eran tan sospechosas para la Policía como los hombres del Movimiento. Y con esa alegría con que se hacía todo en la Falange, se les dió a las camaradas propaganda y sellos para que los repartiesen y los pegasen por todas partes.

Los tranvías, el «metro», los faroles, los escaparates de las tiendas, los cafés, las butacas de los cines, todo era bueno para dejar pegado un sello del socorro de presos o para soltar una hoja de propaganda sin que las vieran los guardias, que, como en los cuentos de niños, por donde pasaban las mujeres de la Falange queda-

ba siempre marcado el camino con el signo del yugo y las flechas.

Unas veces pintado en las paredes con barras de los labios, para que quedaran en rojo bien señaladas; otras apareciendo las hojas clandestinas y los sellos de cotización debajo de los platos de algún bar donde las chicas habían tomado algún refresco, o echadas las hojillas como cartas en los buzones de Correos, para que las leyesea los carteros, y hasta dentro del mismo Ministerio de la Gobernación encontraron un día pegados por las mujeres Nacional-Sindicalistas los sellos de cotización de la Falange.

Porque era tal el entusiasmo por esta especie de deporte callejero que las camaradas, en vez de reunirse a la salida del trabajo para merendar o ir al cine, como hubieran hecho dos años antes, se citaban en el «Centro» para salir por parejas a pegar sellos por todas las esquinas o para tirar por encima de las vallas de las casas en construcción las hojas de propaganda, con el fin de que al día siguiente, cuando entrasen los obreros a trabajar, pudieran leerlas y se dieran cuenta de que la Falange no era enemiga de ellos, como les aseguraban sus dirigentes. Y de nada servían las amenazas de la Policía ni los continuos registros a domicilios ordenados por la Dirección General de Seguridad para que las camaradas de la Sección Femenina dejasen de guardar en sus casas la propaganda de la Falange, aunque fuese debajo de una losa, y eran ellas las que escribían los miles de sobres donde se metían las hojillas que después los camaradas echaban por todas las puertas para que los españoles conocieran nuestra doctrina.

De esta manera tan trabajosa hubo de hacer siempre la propaganda de la Revolución Nacional, porque, desde el momento en que José Antonio alzó bandera contra las injusticias de la Patria, fueron prohibidos inmediatamente todos los medios de difusión del Nacional-Sindicalismo. Pero como los camaradas se dieron cuenta de que lo que se pretendía era que el pueblo no conociese nuestras consignas, acudieron